

## La influencia de Wayne McGregor en el Ballet Contemporáneo del Siglo XXI

Por Gonzalo Preciado Azanza



Wayne McGregor en pleno proceso creativo, Rick Guest

El arte y la ciencia son dos caras de una misma moneda: el conocimiento humano. A lo largo de las últimas tres décadas, estamos presenciando una gran aceleración del progreso científico y tecnológico que ha impregnado nuestra sociedad tan profundamente que algunas personas dicen que hemos entrado en una nueva era: *la edad digital*. De hecho, como sugieren numerosos autores nos encontramos en un Nuevo Renacimiento del Siglo XXI, en donde el poder de transformación de las nuevas tecnologías va a ser un factor fundamental en la creación contemporánea. La danza, como cualquier otra actividad artística, no puede desconectarse de los avances tecnológicos. En consecuencia, las nuevas tecnologías (informática y computación, vídeo o telecomunicaciones) se han incorporado a la gama de recursos que los coreógrafos utilizan en diferentes aspectos y momentos del proceso creativo. Inauguramos esta nueva sección, *Danza y Ciencia: la unión de dos campos* a través del coreógrafo británico Wayne McGregor, que siguiendo los pasos de Merce Cunningham y William Forsythe, ha revolucionado el panorama de la danza a nivel internacional con sus apuestas innovadoras y vanguardistas mediante el uso de las nuevas tecnologías.

Wayne McGregor (Stockport, 1970) es uno de los coreógrafos más demandados y laureados hoy en día, posicionando sus creaciones en las mejores casas de la danza (el Ballet de la Ópera de París, el American Ballet Theatre o el Nederlands Dans Theatre). Y sobre todo, el Royal Ballet, en donde fue nombrado coreógrafo residente tras el aclamado estreno de *Chroma* (2006), convirtiéndose en el primer coreógrafo de danza contemporánea en ocupar este cargo. No obstante, su trayectoria se remonta a comienzos de la trascendental década de los años 90. Mientras el mundo se despertaba paulatinamente tras la repentina caída de la Unión Soviética, dando paso a una era que está aún por descubrir. Un joven pero prometedor McGregor recién formado en la *José Limon School*, acababa de fundar su propia compañía *Random Dance Company* (actualmente *Studio Wayne McGregor*) en el año 1992, incorporando las nuevas tecnologías en su proceso creativo. Desde entonces, su carrera no ha hecho más que ascender, lo que ha generado que este coreógrafo y director británico sea reconocido internacionalmente por sus innovaciones pioneras en el desempeño de su creación coreográfica que han redefinido radicalmente la danza contemporánea.

Mención especial merece *Tree of Codes*, una coproducción original del *Manchester International Festival* que acogió su estreno mundial en julio de 2015, y que ha sido recientemente reestrenada en la Ópera Bastille de París, donde tuve la oportunidad de asistir. Esta pieza es un verdadero campo de experimentación coreográfica, al reunir a los bailarines del *Studio Wayne McGregor* y el Ballet de la Ópera de París en un mismo escenario, dando como resultado una colaboración de artistas multidisciplinares en donde interactúan el espacio, el cuerpo y la arquitectura. De hecho, este trabajo abre el campo de las percepciones al sumergir al espectador en un juego confuso de espejos desarrollado por el prestigioso artista visual Olafur Eliasson y un espacio sonoro con acentos techno-pop concebidos por el compositor Jamie xx. En definitiva, una simbiosis perfecta entre la fluidez del movimiento y las pulsaciones rítmicas, ejemplificada en la exquisita plasticidad del bailarín François Alu, que deleitó al público parisino con su interpretación al más puro estilo McGregor.

Además, la insaciable curiosidad de McGregor sobre las posibilidades del movimiento humano lo han llevado a experimentar con una variedad de formas artísticas, disciplinas científicas e intervenciones tecnológicas en el campo operístico, arquitectónico y cinematográfico, que le han catapultado hasta la saga cinematográfica de *Harry Potter*, siendo el responsable de las icónicas batallas del mundo mágico de J.K. Rowling.



Tree of Codes (2015) de Wayne McGregor, *Joel Chester Fildes*

Actualmente, el ballet contemporáneo se encuentra sumergido en una profunda metamorfosis que está afectando a todos los grandes enclaves de la danza clásica. No sólo, la Ópera París ya mencionada anteriormente, se encuentra a la vanguardia en lo que respecta a la creación contemporánea. Si ampliamos nuestra mirada y nos detenemos en el caso del ballet de tradición rusa, veremos que tanto las grandes compañías de Moscú, San Petersburgo o Riga, consideradas en su día las tres grandes potencias del ballet soviético, también se han sumado a esta nueva corriente gracias a la apertura que han experimentado desde finales del siglo XX. En el caso del Ballet Nacional de Letonia con sede en la majestuosa Ópera de Riga: una institución centenaria que se constituyó gracias a la clara influencia del más puro ballet clásico proveniente del Ballet del Mariinski en San Petersburgo, así como de las vanguardias artísticas parisinas de la mano de los discípulos de los Ballets Russes de Diaguilev. El impacto que han dejado en la compañía creadores como Boris Eifman, Krzystof Pastor y más recientemente Edward Clug, ha desarrollado una hornada de jóvenes coreógrafos letones que ya está dando sus frutos. Un ejemplo se ha podido observar en el reciente estreno mundial de Hamlet. *Tell me (No) Tales* (2019) de Antons Freimans y Elza Leimane, una producción cuyo uso de las nuevas tecnologías se sitúa en la línea más

vanguardista del ballet contemporáneo. Los artistas en el campo de la danza están explorando nuevas fronteras tecnológicas y formas de arte, que crecerá para ser aún más amplia, rica y diversa que lo hizo en décadas anteriores. De hecho, estas innovaciones han hecho que el arte de Terpsícore se convierta en la forma escénica más vanguardista, obligando a los críticos, académicos y bailarines a redefinir su comprensión de este arte.

## Mensaje para el Día Internacional de la Danza 2020

Por **Gregory Vuyani Maqoma**

Bailarín, coreógrafo, docente, actor

Fue durante una entrevista que tuve recientemente que pensé profundamente en la danza. ¿Qué significa para mí? En mi respuesta tuve que analizar mi viaje y me di cuenta de que todo se trataba de un propósito y que cada día presenta un nuevo desafío que hay que enfrentar y es a través de la danza que trato de dar sentido al mundo.

Estamos atravesando tragedias inimaginables en un tiempo que mejor podría describir como la era post humana. Más que nunca necesitamos bailar con un propósito para recordar al mundo que la humanidad todavía existe. El propósito y la empatía deben prevalecer a lo largo de años y años de innegable paisaje virtual, de disolución que ha dado lugar a una catarsis de dolor universal que invade la tristeza, la dura realidad que sigue impregnando a los vivos y a los que se enfrentan a la muerte, el rechazo y la pobreza.

Nuestra danza debe más que nunca dar una fuerte señal a los líderes mundiales, a aquellos a quienes se les

confía salvaguardar y mejorar las condiciones humanas de que somos un ejército de pensadores furiosos y que nuestro propósito se esfuerza por cambiar el mundo paso a paso.

La danza es libertad y a través de ella debemos liberar a los demás de las trampas que enfrentan en diferentes rincones del mundo. La danza no es política, sino que se vuelve política porque lleva en su fibra una conexión humana y por lo tanto responde a las circunstancias en su intento de restaurar la dignidad humana.

A medida que bailamos con nuestros cuerpos cayendo en el espacio y enredando juntos nos convertimos en una fuerza de movimiento tejiendo corazones, tocando almas y proporcionando curación que es tan desesperadamente necesaria.

Y el propósito se convierte en una sola danza hidra, invencible e indivisible. Todo lo que necesitamos ahora es bailar ¡Un poco más!

